

De todos modos, la campaña reconquistadora estaba gloriosamente terminada. En ella mostró Bolívar por la primera vez, que si no era un general metódico ni tenía una educación militar, poseía en alto grado, á la par de las dotes del caudillo revolucionario, el genio de la guerra y la inspiración ardiente en medio de la acción, elevándose de un golpe, en su escala, al rango de los célebres capitanes antiguos y modernos. La rapidez para concebir y la audacia para ejecutar sin trepidación; la fortaleza para sobreponerse á los contrastes y el ímpetu heroico para ir siempre adelante; el prestigio para dominar moralmente al enemigo é infundir confianza á los suyos; la intuición para prevenir las maniobras, aun cometiendo errores que el éxito coronaba, y la presencia de espíritu para utilizar sobre la marcha los frutos de sus victorias, tales fueron las grandes cualidades morales y militares que reveló como hombre de acción y de pensamiento en esta memorable campaña. Sus resultados fueron: seis grandes combates, que valen batallas, ganados en un trayecto de 1,200 kilómetros sin un solo revés, al través de dos cordilleras (21); cinco gruesos cuerpos de ejército que sumaban 4,500 hombres, dispersados, muertos y prisioneros ó rendidos con sus armas y banderas; la captura de 50 piezas de artillería y tres grandes depósitos de guerra; la reconquista de todo el occidente de Venezuela de cordillera á mar, ligando sus operaciones con las del ejército del oriente ya rescatado, y la restauración de la

» obsequios y fiestas de sus compatriotas, se dirige sobre Puerto-Cabello » y ataca la plaza con vigor, la habría ocupado sin mucha dificultad, » pues Monteverde nada había previsto de antemano para su defensa. » (« Hist. de la Revol. de Colombia », t. II pág. 177).

(21) Bolívar, con su exageración habitual, habla de treinta batallas y supone diez mil hombres del enemigo vencidos. Los historiadores colombianos, apuntan diez batallas, sin embargo de no mencionar más que seis grandes combates, á saber: los de San José de Cúcuta, La Grita, Carache, Naquitao, Horcones y Taguanes.

república independiente de Venezuela. Y todo esto, con 600 hombres y en noventa días. Nunca con menos se hizo más, en tan vasto espacio y en tan breve tiempo. Con razón un historiador europeo, al condensar el juicio universal á su respecto, ha dicho: « Esta rápida campaña, que los entendidos colocan » al lado de las más atrevidas empresas militares de que la » Europa era entonces teatro, ha sido el germen de la grandeza » futura de Bolívar, y le ha merecido el primero, y quizás el » más hermoso y el más puro florón de su corona triunfal, » cuya gloria no puede ser marchitada ni aun por el acto de » triste memoria en que proclamó la guerra á muerte » (22).

XI

Bolívar entró en triunfo en su ciudad natal (6 de agosto), de la que había salido un año antes, proscripto, oscuro y con un tizne en la frente. El pueblo lo aclamó con entusiasmo como su libertador, las campanas se echaron á vuelo, las salvas de artillería resonaban en Caracas y en las fortalezas de la Guayra, el camino que recorría estaba sembrado de flores y las flores y las bendiciones llovían sobre su cabeza. Un grupo de bellas jóvenes vestidas de blanco adornadas con los colores nacionales tomó las riendas de su caballo y le coronó de laureles, mientras las músicas militares sonaban la marcha triunfal de la independencia y la libertad (23). El triunfador

(22) Gervinus, « Hist. du XIX siècle », t. VI, pág. 256-257.

(23) Ducoudray-Holstein, en « Memoirs of Bolivar », t. I, pág. 150-151, dice describiendo esta entrada triunfal: « El entusiasmo fué universal. » Empero, no puedo omitir un rasgo singular de la característica » vanidad de Bolívar. Antes de su entrada en Caracas, se había preparado una especie de carro de triunfo, semejante al de los cónsules cuando volvían victoriosos de sus campañas. En los tiempos antiguos, este

merecía esta ovación á doble título : había vencido y no manchó su victoria con ninguna venganza. Á pesar de la sentencia de muerte que pesaba sobre la cabeza de los españoles, y que sólo había ejecutado hasta entonces en los prisioneros tomados con las armas en la mano en el campo de batalla, no usó de su tremenda facultad, y se limitó á mantenerlos presos, secuestrando sus bienes. Las prisiones de los cautivos patriotas se abrieron. Los vencidos quedaron amparados por el contento general, según el testimonio de uno de los más acerbos enemigos del triunfador (24).

Dos días después anunciaba al pueblo el establecimiento de la república de Venezuela, bajo los auspicios auxiliares de la Nueva Granada, que había ido, según sus palabras, « no á dictar leyes, sino á restablecer su independencia y su libertad, dejándolo dueño de sus destinos » (25). Empero,

» carro era arrastrado por caballos : el de Bolívar lo fué por dos bellas
 » jóvenes vestidas de blanco, adornadas con los colores nacionales, elegidas
 » entre las principales familias. Lo condujeron en él por espacio de me-
 » dia hora desde la entrada de la ciudad hasta la casa de su residencia.
 » Mientras tanto, él permaneció de pie sobre el carro, con la cabeza
 » descubierta, de gran uniforme y con un pequeño bastón de mando en
 » la mano. Millares de testigos presenciaron esta escena; á ellos apelo
 » para que atestigüen la verdad de este relato ». — Ningún historiador
 » colombiano ha rectificado este aserto, y todos ellos dicen que entró á
 » caballo, haciendo mención únicamente del grupo de jóvenes vestidas de
 » blanco que lo coronó y tiró de las riendas de su caballo, echando en-
 » tonces el triunfador pie á tierra. — Gervinus, historiador imparcial y
 » admirador de Bolívar, á pesar de advertir que deben tomarse con
 » cautela las « Memorias » de Ducoudray-Holstein, acepta la versión y la
 » reproduce textualmente. Bien que el rasgo sea propio de la vanidad
 » proverbial de Bolívar, — que es un hecho histórico comprobado por él
 » mismo, — en la duda, hemos seguido la versión de los historiadores
 » colombianos, cubriendo con el manto del triunfador la debilidad de un
 » gran hombre, que contrasta con la sencillez de Washington y la mo-
 » destia de San Martín, si como es posible, y aún probable, él se dejó
 » arrastrar en un carro teatral de triunfo tirado por mujeres en vez de
 » caballos.

(24) Ducoudray-Holstein : « Memoirs », etc., pág. 150.

(25) Proclama de Bolívar á los caraqueños, de 8 de agosto de 1813.

guardóse bien de restaurar (con arreglo á las instrucciones neogranadinas que había jurado) la antigua república federal de Venezuela, á la que era radicalmente opuesto por principios y por el instinto de la seguridad común. « Recórrase la presente
 » campaña, — decía sobre este tópico, en una proclama pos-
 » terior, — y se hallará que un sistema muy opuesto ha res-
 » tablecido la libertad. Malograremos todos los esfuerzos y
 » sacrificios hechos si volviéramos á las embarazosas y com-
 » plicadas formas de administración que nos perdió » (26). En
 » consecuencia, se proclamó dictador y se dió á sí mismo el título
 » de *Libertador*. « La urgente necesidad de acudir á los ene-
 » migos, decía á sus conciudadanos, me obliga á tomar en el
 » momento deliberaciones sobre las reformas que eran nece-
 » sarias en la constitución. Una asamblea de hombres virtuo-
 » sos y sabios debe convocarse y sancionar la naturaleza del
 » gobierno en las circunstancias extraordinarias que rodean á
 » la república. El Libertador de Venezuela renuncia para
 » siempre y protesta formalmente, no aceptar autoridad alguna
 » que no sea la que conduzca nuestros soldados á los peligros
 » para salvación de la patria » (27). Esta fórmula, que descu-
 » bría la ambición de mando que desde entonces empezó á
 » devorarlo, y que repetiría toda vez en que lo reclamase en el
 » hecho como una propiedad suya, era, empero, la única que
 » respondía á las necesidades de la situación. La república
 » federal bajo su antigua forma, era la anarquía y la derrota
 » segura, y Bolívar obró con previsión y patriotismo al asumir
 » la dictadura política y militar, como lo único que podía salvar,
 » quizá! á Venezuela. Así mismo se perdió por segunda vez.

Venezuela tuvo así dos dictadores á la vez : uno en oriente, otro en occidente. Tan ambicioso el uno como el otro, ambos aspiraban al mando general. Mariño, que como se

(26) Proclama de Bolívar de 13 de agosto de 1813.

(27) Manifiesto de Bolívar de agosto de 1813, en Caracas.

dijo antes se había hecho proclamar jefe supremo de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, envió comisionados á Bolívar, para tratar de igual á igual respecto del sistema de gobierno que convendría adoptar para la república, lo que importaba la exigencia del reconocimiento previo de la autoridad independiente de que estaba en posesión. Bolívar, que temía que esta división rompiera la unidad de las provincias y debilitase el nervio de la guerra,—además de la supremacía á que se consideraba con derecho,—retardó por algún tiempo hacer tal reconocimiento. El patriotismo y la recíproca seguridad aconsejaban centralizar el mando, ó por lo menos combinar los esfuerzos contra el enemigo común. La autoridad de hecho del uno era tan legítima como la del otro á título del territorio por ellos ocupado, como igualmente ilegal del punto de vista de las formas; pero la de Bolívar se imponía como necesaria, porque era el alma de la revolución, representaba el sentimiento nacional y la alianza con Nueva Granada cuyas armas mandaba, mientras la de Mariño, sin plan político y sin ideales, sólo tenía por objetivo inmediato el mantenimiento de una informe confederación militar de dos satrapías independientes, que entrañaban la disolución. Pero mientras su carácter de dictador de oriente no fué expresamente reconocido por Bolívar, Mariño se mantuvo en inacción con un poderoso ejército, absteniéndose de concurrir á la guerra de occidente, y hasta de hacer sentir su acción militar en los llanos intermedios donde á la sazón empezaban á reaccionar los realistas, sin abrir siquiera hostilidades sobre la Guayana, donde el enemigo se resistía.

Bolívar, aunque tardíamente, había establecido el sitio de Puerto-Cabello; pero los veinte días perdidos con su vana entrada triunfal en Caracas, nunca los pudo recuperar; y no sería esta la última vez en que llamado por la vanagloria, sacrificase á ella la verdadera gloria de una campaña, que es el

triunfo definitivo. El 25 de agosto se presentó delante de la plaza, y se apoderó bajo el fuego de las defensas exteriores, reduciendo á los sitiados al castillo y sus aproches, merced al valor de las tropas granadinas, que constituían el nervio del Ejército Unido, según el mismo general en jefe. En seguida, con las piezas de artillería tomadas en Valencia, estableció contra-baterías, y apagó los fuegos de la escuadrilla del enemigo que hostilizaba uno de sus flancos, dominando el río adyacente con tres bergantines. El general sitiador, intentó apoderarse de la plaza por medio de un golpe de mano nocturno. Al efecto hizo avanzar dos divisiones ligeras (31 de agosto) y atacó los fuertes destacados, obligando al enemigo á replegarse á las estacadas que protegían los aproches de sus murallas. El ataque fué rechazado. El único resultado de esta tentativa, fué tomar prisionero al bárbaro Zuazola, que mandaba uno de los fuertes. Bolívar propuso canjearlo por uno de sus jefes prisioneros, pero Monteverde se negó. Zuazola fué suspendido en una horca delante de los muros de Puerto-Cabello.

Mientras tanto, la reacción volvía á levantar la cabeza por todas partes: en los alrededores de Caracas, en las costas de sotavento, en la cordillera, en los valles, en los llanos altos y bajos del centro y en Barinas. El dictador fulminó entonces su último rayo de guerra á muerte, que debía ser seguido por una de las hecatombes más sangrientas que recuerde la historia. Decretó, en su forma habitual de proclama (6 de setiembre), que incurrirían en la pena de muerte todos los americanos antes exceptuados, y que los declarados traidores á la patria, serían juzgados y condenados por simples sospechas vehementes. De este modo corregía y agravaba el error de lógica de la proclama-decreto de Trujillo, igualando ante la traición á españoles y americanos; pero lógicamente produjo efectos más desastrosos, y contribuyó, aunque indirectamente, á su final derrota en la nueva campaña que emprendía,

no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de setiembre), arribó á Puerto-Cabello una expedición salida de la España, compuesta de la fragata *Venganza* de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1,200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano, con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto-Cabello, vióse obligado á levantar el sitio, y se retiró á Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender á las provincias del interior convulsionadas á su espalda, á la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el oriente así como su frente de los llanos del Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña al frente de 1,600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con esta fuerza bien dirigida, con el curso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido domar por segunda vez la revolución de Venezuela; pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (setiembre 25).

Puerto-Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de

Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro el del valle de San Esteban dominado á su entrada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, á distancia de diez kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, á la espera del desarrollo del plan del enemigo; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula, las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar, sostenidas por una columna á órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo, desalojándolo de ellas. Al coronar los neo-granadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de setiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria, que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió; pero hízolas apoyar por una columna de 1,000 venezolanos, exaltando así el sentimiento de noble emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fué forzado en sus atrincheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre) volvió á encerrarse en Puerto-Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió á restablecerse bajo la dirección inmediata de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo á la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela á las cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores á la memoria